

Yolanda de la Fuente (coord.)

# Situaciones de dependencia y derecho a la autonomía

Una aproximación multidisciplinar

Alianza Editorial

Prólogo .....	7
1. El régimen jurídico de la protección frente a las situaciones de dependencia en el SAAD: estudio general, <i>Cristóbal Molina Navarrete y Antonio Álvarez Montero</i> .....	11
2. Buscando la igualdad a través del marco normativo de la Ley de la Dependencia: ¿una ley para las mujeres?, <i>Belén Blázquez y Miguel García</i> ..	35
3. Productos de apoyo y calidad de vida. Situación actual y retos para el futuro inmediato, <i>Yolanda M.ª de la Fuente Robles y Manuel Caballo</i> ...	59
4. Aspectos teóricos de la medición en Ciencias Sociales y de la Salud, <i>Ana Raquel Ortega y Sergio Iglesias</i> .....	77
5. Aproximación a la política pública de Autonomía y Atención a la Dependencia: la necesidad hecha virtud, <i>Raquel Ojeda y Susana Ruiz</i> .....	95
6. Bioética, biopolítica y dependencia: sobre los cuerpos repudiados, <i>Isabel Balza</i> ..	115
7. Metodologías para la investigación y valoración de la dependencia, <i>Tomás Alberich Nistal</i> .....	139
8. Diseño, desarrollo y evaluación de materiales educativos de carácter tecnológico, <i>Juana M.ª Ortega Tudela, Ana M.ª Ortiz Colón y M.ª Ángeles</i> ..	155

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Yolanda María de la Fuente Robles y otros, 2009

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2009

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15, 28027 Madrid, teléf. 91 393 88 88

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-206-8301-4

Depósito legal: M. 37.644-2009

Fotocomposición e impresión: IBA, S. A.

Parque Industrial «Las Monjas»

28850 Madrid

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL,

ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN

[alianzaeditorial@alianza.es](mailto:alianzaeditorial@alianza.es)

## 18. Redes familiares, cuidados y clases sociales en Andalucía

Delia Langa Rosado  
David Martínez López

### 1. Introducción. Aproximación empírica a la posición de clase de las cuidadoras y cuidadores de dependientes

En este capítulo queremos ofrecer algunos de los resultados del trabajo de colaboración entre el Instituto de Estadística de Andalucía y las distintas universidades andaluzas que dio lugar, primero, a la realización del campo de la Encuesta Redes Familiares (ERF) en 2005; y posteriormente a la elaboración de las monografías generales y de temáticas específicas fruto del análisis de los datos producidos a partir de la ERF. Entre estas segundas temáticas, el tema de la atención a la dependencia ha cobrado especial importancia desde un primer momento, dados los importantes retos a que dan lugar dos fenómenos sociales de consecuencias estrechamente interrelacionadas como son el envejecimiento cada vez mayor de nuestra población y las transformaciones en la familia, que hoy por hoy sigue siendo la principal proveedora de cuidados a los mayores y en general a los dependientes. En este contexto se enmarca la realización de la monografía (Langa, Ariza, Martínez y Olid, 2009): *Las cuidadoras y los cuidadores de dependientes en el seno de las redes familiares. Una mirada desde la desigualdad*, de la que en este capítulo queremos seleccionar algunas de sus conclusiones.

Precisamente este trabajo, y las anteriores monografías tanto referentes al total de la población andaluza (*Andalucía. Dependencia y solidaridad en las redes familiares*, 2006; Sevilla, Instituto de Estadística de Andalucía)

como a las diferentes provincias, ponen contundentemente en evidencia el papel central que las familias vienen desarrollando en el cuidado de sus miembros dependientes ante la insuficiencia de otros instrumentos de carácter formal. La encuesta muestra, en efecto, cómo la participación del sector público y aún más del llamado «tercer sector» son ínfimas<sup>1</sup>, si bien actualmente el contexto ha sufrido un cambio que puede ser importante, a partir de la aprobación de la Ley de Promoción de la Autonomía Personal y Atención a las Personas en Situación de Dependencia (2006).

Por otra parte, al hablar del aporte de la familia en la provisión de cuidados no podemos dejar de insistir en el papel protagonista de las mujeres en el seno de las redes de parentesco. Son ellas, en efecto, las que están asumiendo el grueso de la atención a enfermos, discapacitados, ancianos y dependientes en general. Los valores culturales siguen entendiendo esto como una «obligación familiar», y dentro de la familia las mujeres parece que son las que más interiorizado tienen el rol de principal cuidadora, asumido además en un panorama de claro déficit de recursos públicos<sup>2</sup>. Todo ello no hace sino dibujar un muy estrecho margen de elección para muchas mujeres, obviamente más numerosas entre los sectores populares, que se traduce en unos costes considerables tanto para su salud como para su vida social y laboral. Resulta, en este sentido, muy interesante la descripción que hace M.<sup>a</sup> Ángeles Durán (2006) del «perfil social del cuidador que constituye el soporte básico del Estado de bienestar español»: mujer, de entre 50 y 60 años, sin empleo, con dificultades económicas, cuidadora intensiva (más de 40 horas) y casi única, con múltiples patologías y poco tiempo para su autocuidado y las relaciones sociales.

En relación con todo esto, nosotros, con nuestra monografía *Las cuidadoras y los cuidadores de dependientes en el seno de las redes familiares. Una mirada desde la desigualdad*, nos hemos propuesto contribuir a dibujar el cuadro de la diversidad de situaciones y condiciones sociales desde las que se opta por atender a un familiar dependiente y se ejerce como cuidador. Esto nos servirá, pensamos, para ganar en precisión cuando afirmamos simplemente que son «las mujeres» (como un todo homogéneo) las que están protagonizando el cuidado de las personas dependientes en nuestras sociedades, pues podríamos concretar sobre qué tipo o tipos de mujeres sobre el que está recayendo en mayor medida esta importante responsabilidad hoy por hoy nada compartida. Nos proponemos, pues, un acercamiento al perfil de los cuidadores desde su clase social, lo que constituye un enfoque no demasiado frecuente en nuestro país<sup>3</sup>.

Para conocer el perfil de los cuidadores desde sus posiciones en la estructura social nos hemos basado en el modo en el que entiende la «clase» Bourdieu (2001), así como en el concepto de «clase comunitaria» de Carabaña (1994, 1995). Para este autor la unidad de este tipo de clase no es el



videncia el  
ado de sus  
ptos de ca-  
pación del  
as<sup>1</sup>, si bien  
portante, a  
Personal y  
de cuida-  
mujeres en  
están asu-  
bianos y de-  
esto como  
parece que  
ca, asumido  
odo ello no  
uchas muje-  
e se traduce  
ida social y  
n que hace  
onstituye el  
tre 50 y 60  
iva (más de  
para su au-

*Las cuida-  
familiares.*  
buir a dibu-  
ciales desde  
e como cui-  
ndo afirma-  
ogéneo) las  
tes en nues-  
os de mujer  
te responsa-  
un acerca-  
e constituye

es en la es-  
e la «clase»  
ia» de Cara-  
ase no es el

individuo, sino la familia. Las familias tienen unos *estilos de vida*, que vienen dados en gran medida por la clase económica a la que pertenecen sus miembros, y a los que corresponden unas determinadas estrategias<sup>4</sup> en el marco de las cuales nosotros vamos a situar precisamente las prácticas de nuestros cuidadores.

Dado que vamos a entender la clase como «clase comunitaria», nos hemos quedado con un esquema que clasifique a los individuos por las características socioeconómicas de los hogares a los que pertenecen. Es bastante común en este sentido operacionalizar la clase social mirando la ocupación y/o el nivel de estudios del «sustentador principal». Esto, no obstante, introduce una importante limitación para trabajar con los datos de la ERF en tanto en esta encuesta no se identifica al sujeto que aporta más al hogar, en presupuesto o en términos de estatus. Ello nos ha obligado a intentar rastrear a partir del ego del cuestionario la posición ocupacional más alta del hogar. La ERF nos ofrece datos de la actividad de todos los sujetos, pero sólo tenemos información sobre la ocupación del ego y/o su cónyuge cuando al menos uno de ellos trabaja. Hemos elegido entre estas dos ocupaciones la más alta, identificando así la ocupación del «sustentador principal». No obstante, esto ha supuesto que nuestros casos válidos se han reducido a algo más del 50% del total de encuestados. En concreto, contamos con 5.058 sujetos, de los que disponemos de información sobre ocupación, lo que no deja de ser una muestra considerable que, además, sigue manteniendo básicamente la proporcionalidad inicial del total de los casos en lo que a representación provincial se refiere. De otro lado, dado que en gran medida nuestro foco de análisis lo va a constituir el colectivo de los cuidadores, no hemos de perder de vista que éstos mayoritariamente se sitúan en el intervalo de edad de entre 30 y 54 años (en torno al 60%, y en torno al 75% entre 30 y 64 años), por lo que entendemos que la mayor parte estarán ocupados, y por tanto ellos o sus cónyuges serán los sustentadores principales del hogar.

Con el total de datos válidos hemos optado por la utilización de la clasificación de ocupaciones de Goldthorpe, Erikson y Portocarero (1979), ya que es de las más utilizadas en la investigación sobre estratificación, clases y movilidad en los países desarrollados, e introduce por ello una gran ventaja comparativa. Hemos agrupado en cuatro categorías los ítems del cuestionario, por lo que nos quedaríamos finalmente con el esquema de clases de la página siguiente.

Teniendo en cuenta la idea de Bourdieu (1988) de que es la lógica del campo de prácticas que en cada caso estemos estudiando la que imprime el mayor o menor peso de unos u otros tipos de recursos, que serán por ello los que nos servirán para delimitar las distintas categorías de nuestro «esquema de clases», hemos querido distinguir una clase de pequeños propie-

### Esquema de clases sociales

Clase obrera	Pequeña burguesía	Clase intermedia	Clase media-alta
— Operarios cualificados y especializados no agrarios	— Empresario no agrario sin asalariados	— Directores y jefes de empresas o explotaciones agrarias	— Profesionales, técnicos y asimilados ejerciendo por cuenta propia
— Operarios sin especificar no agrarios	— Empresario agrario sin asalariado	— Jefes de departamentos admivos. y comerciales	— Directores de empresas no agrarias y altos funcionarios
— Resto de personal de servicios	— Miembros de cooperativas agrarias	— Resto de personal admivo. y comercial	— Profesionales, técnicos y asimilados ejerciendo por cuenta ajena
— Resto de trabajadores agrarios		— Contra maestros y capataces no agrarios	— Empresario con asalariado
		— Profesionales de las fuerzas armadas	

tarios, especialmente para ver si el hecho de tener algún tipo de patrimonio familiar que transmitir puede introducir algún condicionante o mayor sentido de la responsabilidad en los hijos respecto al cuidado y atención de los padres<sup>5</sup>. Somos conscientes, de otro lado, de que en esta clase pequeño burguesa habría que haber incluido a los empresarios con algún asalariado, si bien el cuestionario no nos permitía hacer esta distinción<sup>6</sup>. Es por ello que anotamos que la clase alta está algo más abultada<sup>7</sup>, en tanto integra, indebidamente a nuestro parecer, a estos pequeños propietarios con algún trabajador contratado. También nos hubiera podido distinguir a los profesionales de los técnicos, así como el grado de unos y otros, en tanto que la clase alta o «clase de servicio» de Goldthorpe en realidad la constituyen, además de los grandes propietarios, los profesionales liberales que tienen en todo caso un alto nivel educativo, si bien el cuestionario no permitía realizar esta discriminación.

Considerando la limitación de los datos ocupacionales de que disponíamos, optamos por una múltiple aproximación a la posición de los sujetos en el espacio social. Es por ello que decidimos utilizar la información sobre nivel educativo que en este caso sí proporciona el cuestionario para todos los sujetos entrevistados. No obstante, siguiendo nuestro interés por acercarnos a la posición de clase comunitaria, elaboramos un modo de aproximarnos al «nivel educativo del sustentador principal» con el que práctica-

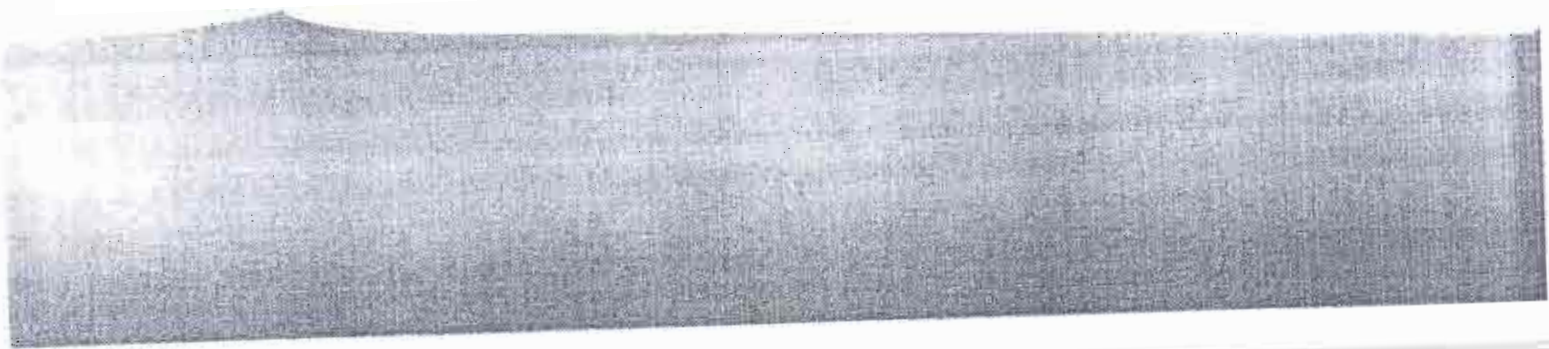


mente recuperamos todos los casos de la muestra. Dado que el nivel de formación completada es un indicador de posición social importante, pensamos que ello nos permitiría contrastar la información obtenida a través de los datos de ocupación y ganar así en capacidad de generalización.

Nos proponíamos, pues, una aproximación desde múltiples aristas a la realidad de las cuidadoras y cuidadores, entendiendo que la variable género nos iba a ofrecer sin duda pautas diferenciadas, pero que queríamos ubicar en diferentes posiciones en el espacio social (posición de clase)<sup>8</sup>. Hemos querido así acercarnos desde distintos ángulos al perfil sociológico de quienes se dedican a aportar casi en exclusiva, dada la escasa socialización de esta actividad, al cuidado de sus familiares enfermos o dependientes. Nos hemos preguntado, entre otras cosas, por qué lo hacen, cuánto se dedican a los cuidados, cómo les afecta en su vida, con qué otros recursos cuentan, qué otras personas colaboran y qué lugar ocupan en la red familiar en la actividad de los cuidados. Y por supuesto hemos querido leer todas estas prácticas desde el lugar social, la posición social, desde la que se elaboran las estrategias individuales y familiares, para proporcionar ayuda y cuidados a los dependientes, así como vislumbrar en qué medida esta actividad, en gran medida «feminizada», contribuye a que las desigualdades de clase persistan y tiendan a reproducirse de una u otra forma en nuestra sociedad.

## 2. El contexto histórico y sociológico de la provisión de cuidados a los dependientes en Andalucía

Los cuidados a personas mayores dependientes constituyen una notable manifestación de la solidaridad familiar (Gomila, 2005). Ésta, en cuanto mecanismo básico de la formidable fortaleza reproductiva de la familia, abriga un flujo complejo de interacciones entre parientes orientado por el juego entrecruzado de distintas motivaciones (obligación/sentido del deber, afecto, interés, etc.) y un principio: el de reciprocidad. El cuidado de los parientes dependientes forma parte del entramado de la solidaridad familiar y, por ende, adquiere inteligibilidad social en el principio de reciprocidad que orienta las relaciones entre parientes especialmente en el ámbito de la familia nuclear y sus aledaños. Esta descripción de la lógica social de la familia —bastante universal— predispone a los parientes a asumir la responsabilidad y los costes del cuidado de los dependientes; no obstante, esta predisposición (social) no implica, como puso de manifiesto la construcción de los aparatos de protección social en buena parte de Europa en la segunda mitad del siglo xx, disposición natural, inmanente, al cuidado directo de dependientes. Allí donde las políticas e instituciones públicas de protección social alcanzaron a la familia, los individuos pudieron —sin desentendi-

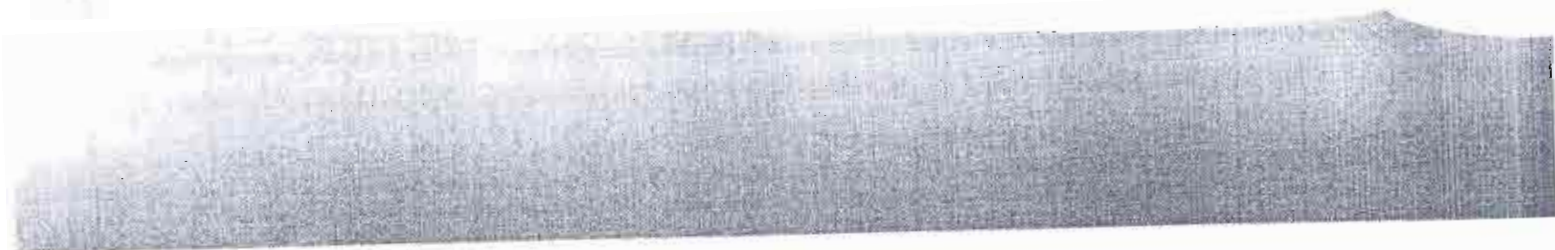


miento de sus responsabilidades con los parientes dependientes— proyectar esfuerzos, tiempos y energías a otros ámbitos de lo social —al trabajo, el ocio, a lo público, etc.—; allí donde bien el Estado promovió políticas de protección «familistas» o donde no protegió, los individuos en general siguieron, conforme a su obligación familiar, asumiendo la grave y pesada carga de los cuidados.

Como sucede en otras sociedades de países europeos con sistemas inexistentes o magros de protección social pública en materia de familia, esta inercia (social) solidaria de la familia se corresponde en Andalucía, todavía hoy, con un fuerte esfuerzo por parte de los parientes inmediatos al cuidado de los dependientes<sup>9</sup>. Como veremos, el protagonismo de la familia en el mantenimiento de las condiciones de reproducción sociobiológica de la sociedad andaluza en este aspecto, en las relaciones de cuidados y dependencia entre parientes, se desenvuelve en general a los espacios de sociabilidad de la familia nuclear. Las vicisitudes reproductivas que a través de las distintas etapas del ciclo vital individual y familiar afrontan los individuos se suelen resolver en el estrecho margen de relación conyugal —cuidados a cónyuges— o en el no más lejano espacio de la relación a través del eje de filiación —entre padres e hijos, sobre todo. No obstante, la tradición patriarcal impone un claro sesgo de género a la actualización del esfuerzo de los cuidados a dependientes que todavía desarrolla la familia nuclear: son los individuos de sexo femenino quienes mayoritaria y frecuentemente asumen esta enorme responsabilidad.

Sin embargo, la inequidad no se detiene en cuestiones de género. En la Andalucía actual la importante tarea de cuidar a personas dependientes, desarrollada básicamente por familias y mujeres, no es resuelta de la misma manera (directa o indirecta) ni tiene las mismas consecuencias; varía según la posición que los individuos/las familias ocupan en el espacio social.

En efecto, a falta de apoyos públicos suficientes, la responsabilidad familiar del cuidado de mayores dependientes descansa en los parientes más cercanos; empero, éstos interpretan de forma diversa tamaña carga. Los distintos recursos que individuos y familias manejan orientan esta diversidad. Las distintas dotaciones en capital económico, educativo, cultural o social orientan diferencialmente los destinos individuales, también la forma e intensidad en que resuelven el desafío reproductivo de la asistencia de cuidados a sus mayores y menores dependientes. De tal forma, que aquellos con más recursos económicos o culturales logran resolver esta responsabilidad con menor (coste) implicación directa en forma de trabajo o en costes laborales o económicos individuales o familiares, etc. Los peor dotados recurren generalmente a la familia, a la (auto)explotación del trabajo familiar (femenino) para resolverlos; con sus corolarios en términos de costes laborales, menor renta familiar, problemas de salud.





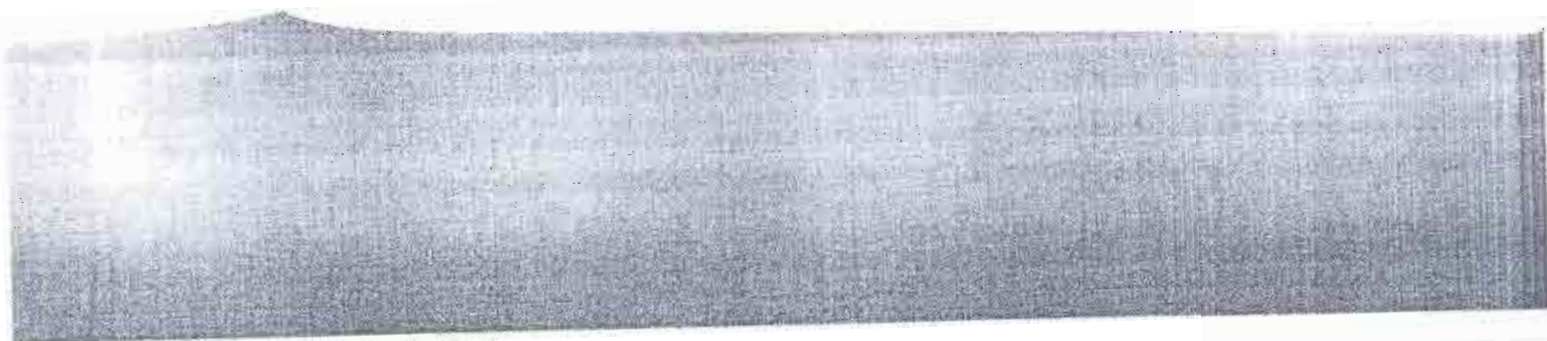
Una diversidad, una desigualdad social, que entraña, según nuestra hipótesis de partida —en gran medida avalada por la información suministrada por la ERF de 2005—, una lógica social. *Veremos cómo las prácticas/estrategias desplegadas contribuyen tanto a la resolución del problema social de los mayores dependientes a costa de la implicación directa (como cuidadores) o indirecta (comprando servicios de cuidados en el mercado o captando ayudas públicas) de los parientes (principalmente las mujeres) como a la reproducción, si no ampliación, de la desigualdad social en el destino individual, situación sufrida de un modo especial por las mujeres.*

Estas estrategias distintas confieren a las redes familiares un significado y unas características distintas según la posición social de los individuos. Aunque la ERF no aborda específicamente estas cuestiones, a partir de algunos de los ítems de la misma —los relacionados con la descripción de la red de parientes, con el sistema de intercambios y comunicaciones entre parientes, con la situación ocupacional y profesional de los individuos, o con los valores, expectativas y experiencias de las/os cuidadores/os— podemos colegir una representación de los significados, funcionalidades y características de las redes familiares según clases sociales. A tenor de esto, pretendemos abordar según la posición social de los individuos al menos tres aspectos: engastar el despliegue de recursos, prácticas y estrategias utilizadas en los cuidados según distintos modos de reproducción social; describir y diferenciar redes familiares según la posición social de los individuos; y abordar la situación diferencial (inequitativa) de los cuidadores según condicionantes de género y clase.

### 3. Las redes familiares y los modos de reproducción social

Abordar la descripción social de la red familiar, del soporte de la interacción de los individuos en el seno de la familia y la parentela es importante para analizar las relaciones de dependencia y, en concreto, el papel de cuidadoras y cuidadores.

Las redes familiares de los andaluces se conforman en torno a las características estructurales de la familia nuclear. No cabe, por tanto, hablar de distintas tipologías familiares: la red familiar básica en Andalucía es, ha sido, de impronta nuclear (conyugal). La familia en Andalucía, no obstante, ha sido moldeada por el cambio social del último siglo. Una de las manifestaciones más notables de esa transformación ha sido la reducción de la fecundidad a límites históricamente inusitados (Segalen, 2004). Desde los años veinte del siglo xx las parejas andaluzas, como sucedía desde un poco antes en el resto de la Europa occidental y septentrional, en la intimidad de su alcoba, procedieron a controlar la natalidad. Matrimonio, sexualidad y

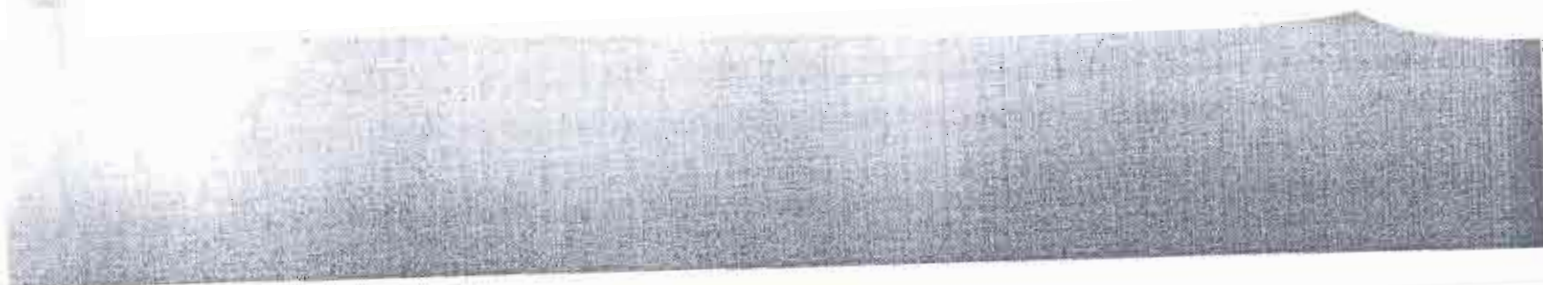


reproducción biológica empezaron a diferenciarse. En las últimas dos décadas este proceso ha alcanzado cotas insospechadas al punto de situar a la población andaluza, como a la española, en tasas de reproducción biológica extraordinariamente bajas.

La reducción de la fecundidad es la principal responsable del escaso número relativo de hijos de los andaluces: en 2005 sólo el 25,7% del total de población agregada en las cuatro categorías sociales analizadas tienen más de dos hijos/as, casi idéntica proporción tiene uno (24,2%), con predominio de los que tienen dos (50,1%); el porcentaje conjunto de quienes tienen uno y dos es muy elevado: 74,3%. El 76,9% de los individuos entre 30 y 44 años con hijos/as los tienen en baja proporción: tan sólo el 16,9% tiene más de dos; el 55%, la gran mayoría, disfruta de la «parejita» y el 28,9% cuenta con un vástago. Si el hijo único no deja de ser una opción minoritaria de los nacidos entre 1961 y 1975, la delimitación de la descendencia a dos vástagos parece representar hoy, al menos estadísticamente, el modelo de familia conyugal en la actualidad<sup>10</sup>. Se constata, pues, que el proceso de modernización demográfica ha proseguido. La segunda transición demográfica (Engelen, 2004) ha acentuado este rasgo de la modernización social, el control de la fecundidad matrimonial/conyugal, hasta cotas inusitadas; consecuencia de todo ello, las bajas tasas de natalidad que presentan los nacidos entre 1976 y 1987. Pero, como veremos, la reducción de la fecundidad no ha sido interpretada de forma uniforme por los individuos: la posición social y sus condicionantes (clase y sexo) genera diferencias<sup>11</sup>.

La caída de la mortalidad a partir de la segunda década del novecientos, la pérdida por la mayoría de familias andaluzas de su tradicional función productiva, la incorporación en el tramo final del siglo de la mujer al mercado laboral, con la irrupción de pautas culturales en los años setenta más individualizadas, impulsaron la formidable transformación: un estrecho control de la fecundidad descrito por sociólogos e historiadores de la población en términos de transición demográfica, los más osados, con la expresión de «revolución» (Engelen, 2004: 389). Es en la interpretación de este profundo cambio social, y no en la delimitación de tipologías familiares, donde podemos hallar trazas de estrategias y/o redes familiares con diversas características. En dicho proceso la posición social de los individuos, orientada por factores de distinta índole (demográficos, económicos, culturales, educativos, etc.), ha condicionado, constriñe de hecho, las prácticas de reproducción social de los hogares y las familias andaluzas, también las características de sus redes familiares.

Así el diferente capital de posición incorporado predispone a los individuos a identificar e interpretar de manera plural el principio de reciprocidad que, en general, conforma la solidaridad familiar; por ende, predispone a actualizar diferencialmente una de sus expresiones más vivas, las relacio-





nes de dependencia. La expectativa de que los familiares asuman directamente —esto es, mediante el despliegue de su esfuerzo/trabajo personal— esta importante función o el recurso a desarrollarla de manera diferida —a través de la compra de trabajo extra-familiar o del usufructo o canalización de recursos públicos— condiciona, ¡ésta es nuestra hipótesis!, el tamaño y densidad de las retículas familiares, su carácter más o menos completo, el peso de sus ramas ascendentes o descendentes, etc. Aunque la información de la encuesta no aborda directamente la relación entre expectativas de cuidados familiares y características de la red familiar, a partir de sus resultados hemos podido construir una descripción acompañada de redes<sup>12</sup> y modos de reproducción social (tabla 3).

Las redes familiares de los individuos presentan características y lógicas reproductivas distintas según su adscripción de clase. Las funciones y características de las redes de los individuos adscritos a la *clase obrera*<sup>13</sup> responden a una concepción fuerte de la familia en la reproducción social y, en concreto, a un importante protagonismo de los parientes en la vida cotidiana, de la infancia a la vejez. Estos individuos, en general menos provistos de recursos económicos, con relaciones laborales más inestables y precarias, peor remuneradas, e insuficientemente apoyados por los servicios públicos de protección familiar (Gomila, 2005: 506), conciben a los parientes de la red familiar básica, y a algunos de la ampliada, como elementos activos de las relaciones de dependencia. En este grupo los parientes más cercanos en la genealogía familiar interactúan estrechamente en las relaciones de dependencia; de ahí que procuren redes familiares densas, tupidas y completas en las que no falten cónyuges ni escaseen hijos/as, yernos/nueras o suegros/as, y donde las relaciones diádicas básicas de los cuidados familiares, las establecidas entre padres/madres e hijos/as, suegros/as y yernos/nueras, o abuelos/as y nietos/as, no se alejen demasiado en el espacio. De todo esto se puede aventurar que la interpretación que estos individuos efectúan de las transformaciones socio-demográficas de los últimos tiempos, en especial de la segunda transición demográfica, se realiza desde parámetros reproductivos tradicionales, si se quiere más «cálidos» o familistas... La tendencia a la descendencia amplia, la menor atracción por la pareja de hijos/as que los individuos de otras clases, la cercanía residencial de los parientes y la frecuencia coresidencial de hijos/as con padres y madres, que la información de la encuesta de redes familiares apunta (tablas 1 y 2), constituyen indicios de ello.

Los individuos englobados en esta categoría social, al asumir el cuidado de las personas mayores, soportan una pesada carga; un lastre que compromete posibilidades de formación y opciones laborales, que cercena ingresos y rentas, o recorta los tiempos de ocio y descanso. A falta de recursos monetarios para recurrir a servicios privados —a la compra de trabajo asala-



riado— en la atención a los parientes dependientes, encuentran en la auto-exploración del trabajo familiar —sobremañera, del trabajo femenino— la principal opción en la provisión de cuidados a los parientes.

Varios factores y circunstancias, al socaire del discurso patriarcal de la familia aún acendrado en el imaginario colectivo, convierten a las mujeres de este grupo social que en la actualidad cuentan entre 50 y 70 años —quienes hoy en día en Andalucía tiene más predisposición a convertirse en cuidadoras (Langa, Ariza, Martínez y Olid, 2009) en principales candidatas al desempeño del cuidado de familiares. Por una parte, los que obstaculizan su incorporación en buenas condiciones al mercado laboral: el escaso bagaje educativo, la elevada tasa de inactividad y desempleo, o la precariedad laboral; de otro lado, los que las anclan en el cuidado de los parientes inmediatos: como la imposibilidad de recurrir al mercado de trabajo —contratación de trabajadores especializados (cuidadores)— o la debilidad de las políticas públicas de protección familiar (Navarro, 2006: 73-92) para solventar las necesidades de ayuda de sus mayores dependientes, etc. Las mujeres de este grupo social con menos de 50 años continúan amenazadas por esta situación, si bien sus expectativas y posibilidades de reproducir el papel de cuidadoras familiares a tiempo completo no son las mismas que las de la generación precedente.

Más, con independencia de la edad, los condicionantes de clase, género y generación han trazado y trazan el destino individual (social) de estas mujeres...<sup>14</sup>. Así, cuando se incorporan al mercado de trabajo, a menudo en precario —de forma eventual o a tiempo parcial— y en actividades cortamente remuneradas, resta la posibilidad de la exhaustiva «doble jornada laboral». Las dificultades y desincentivos que encuentran en el mundo laboral —remuneraciones inferiores a las masculinas, alta eventualidad, etc.— y los costes personales que arrostran como activas empleadas, en salud, en adquisición de capital educativo, o en tiempo de ocio y descanso, las predisponen con frecuencia al abandono —o descarte— del mercado laboral y, por ende, al anclaje en el espacio doméstico, a la interiorización («incorporación») de un modo reproductivo tradicional, familista y patriarcal.

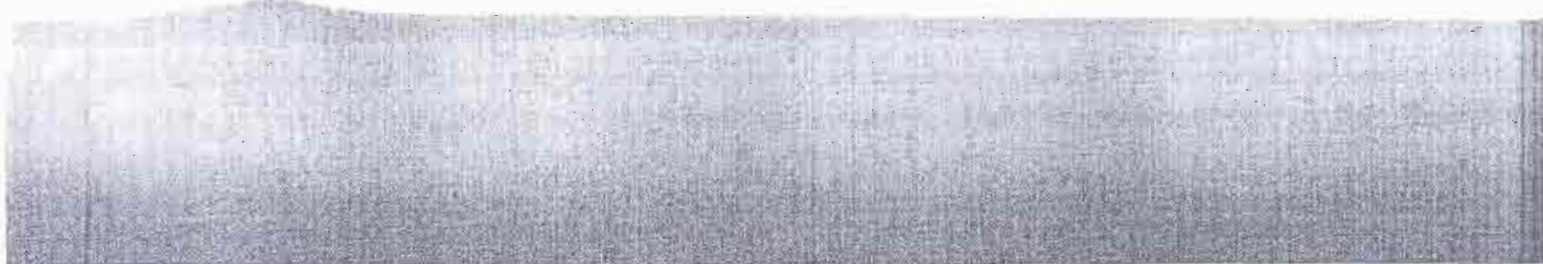
La descripción de la red familiar de los individuos adscritos a la categoría de la *pequeña burguesía*, el grupo social con menor representación cuantitativa en la encuesta (7,5%), se asemeja a la de la clase obrera; no obstante, su caracterización y lógica reproductiva no coinciden del todo. Para estos individuos la interacción familiar asume un notable papel en las prácticas de reproducción social; también, en consecuencia, en la prestación de ayuda a parientes dependientes. Sin embargo, la configuración socio-profesional de esta clase, con predominio de pequeños empresarios autónomos, otorga a la vida cotidiana de los individuos cierta especificidad: la base familiar del trabajo en los negocios, empresas y actividades que les ocupan implica una dedicación física y psicológica intensa, a menudo con-



a auto-  
no— la  
le la fa-  
eres de  
quienes  
dadoras  
sempene-  
ncorporo-  
ucativo,  
de otro  
como la  
abajado-  
licas de  
lades de  
cial con  
sus ex-  
iliares a  
ite  
género y  
is muje-  
en pre-  
tamente  
aboral».  
tal —re-  
los cos-  
adquisi-  
disponen  
por ende,  
ción») de  
a catego-  
entación  
rera; no  
del todo.  
vel en las  
a presta-  
ación so-  
arios au-  
cificidad:  
s que les  
ndo con-

**Tabla 1. Clases sociales y redes familiares. Los parientes, la filiación y la conyugalidad**

Clase obrera	Pequeña burguesía	Clase intermedia	Clase media-alta
<i>Nº medio de parientes</i> >> Promedio (42)	<i>Nº medio de parientes</i> >> Promedio (44) Parentela más numerosa	<i>Nº medio de parientes</i> << Promedio (39) Parentela menos numerosa	<i>Nº medio de parientes</i> << Promedio (41)
<i>Hijos/as</i> < frecuencia (64,6%) >> diferencia-sexos (15,2%) <<nivel=hombres (57,8%) <nivel=mujeres (73%)	<i>Hijos/as</i> >> frecuencia (80,7%) >> diferencia-sexos (15,3%) >>nivel=hombres (73,5%) >>nivel=mujeres (88,8%)	<i>Hijos/as</i> <<frecuencia (63,8%) <<diferencia-sexos (1,3%) <nivel=hombres (63,5%) <<nivel=mujeres (64,0%)	<i>Hijos/as</i> >frecuencia (72,2%) <diferencia=sexos (5,8%) >nivel=hombres (69,5%) >nivel=mujeres (75,2%)
<i>Fratria</i> >Unicogenitura >Proclive a prole extensa (>3 y 4 hijos)	<i>Fratria</i> >>Proclive a prole extensa (>>3 y 4 hijos)	<i>Fratria</i> >>Unicogenitura >>Bidescendencia Prole más reducida	<i>Fratria</i> Menos Unicogenitura Menos 4 hijos Prole más variada
<i>Ciclo vital y descendencia</i> Retrasan la paternidad Fratrias numerosas Comportamiento tradicional	<i>Ciclo vital y descendencia</i> Precocidad paterna Fratrias más numerosas Comportamiento + tradicional	<i>Ciclo vital y descendencia</i> Retrasan la paternidad Fratrias menos numerosas Comportamiento moderno	<i>Ciclo vital y descendencia</i> Situación intermedia Fratrias más variadas Comportamiento más moderno
<i>Nº hijos/as</i> 18-29 30-44: <<2 hijos y >3+hijos 45-64: 2+3 hijos (75,8%) 3+4 hijos (40,2%)	<i>Nº hijos/as</i> 18-29 30-44: <unicog. y >>3+hijos 45-64: 2+3 hijos (70,8%) 3+4 hijos (46,7%)	<i>Nº hijos/as</i> 18-29 30-44: >>1>2 hij << 3+hij 45-64: 2+3 hijos (79,5%)	<i>Nº hijos/as</i> 18-29 30-44: <1hijo y >>2hij 45-64: 2+3 hijos (78,9%) 3+4 hijos (37,6%)
<i>Hombres</i> <<nivel 18-29 y 30-44 >>Retraso paternidad	<i>Hombres</i> >> nivel 30-44 >>Adelanto paternidad	<i>Hombres</i> >>Retraso paternidad	<i>Hombres</i> Situación intermedia
<i>Mujeres</i> > nivel 18-29 >Precocidad maternidad	<i>Mujeres</i> >> nivel 30-44 >>Precocidad maternidad	<i>Mujeres</i> <<nivel 30-44 >>Retraso maternidad	<i>Mujeres</i> Situación intermedia
<i>Conyugalidad</i> <<nivel (68,5%) >>diferencia sexos (11,1%) <<nivel entre hombres (63,5%)	<i>Conyugalidad</i> >>nivel (85,8%) >diferencia sexos (10,1%) >>nivel entre mujeres (91,2%)	<i>Conyugalidad</i> <nivel (73%) <diferencia sexos (-4,7%)	<i>Conyugalidad</i> >nivel (78,9%) >diferencia sexos (4,2%)
<i>Ciclo vital y conyugalidad</i> Hombres: << nivel todos grupos edad Mujeres: nivel 45-64 (84,2%)	<i>Ciclo vital y conyugalidad</i> Mujeres: >> 45-64 años (94,4%)	<i>Ciclo vital y conyugalidad</i>	





tinua. Es probable que la elevada interdependencia con los parientes que la descripción de sus redes familiares muestra resulte de la insuficiencia de recursos (públicos o privados) para la provisión de cuidados a dependientes como de la gran inversión de tiempo que le exige su actividad laboral.

Empresarios familiares y autónomos, herederos o fundadores de pequeños negocios (tiendas, bares, negocios, explotaciones agrícolas, etc.), integran el grupo que ha preservado hasta la actualidad una función propia de la familia en el pasado: la de unidad de producción. Este rasgo adquiere al menos dos connotaciones: por un lado, la vía hereditaria mantiene, al menos sobre una parte significativa de este grupo social<sup>15</sup>, el poder reproductivo que presentó en el pasado, pues la transmisión del negocio o la empresa familiar a uno o todos los hijos/as, pro indiviso o partido, condiciona las relaciones familiares; en segundo lugar, la contribución del trabajo familiar a la viabilidad de la empresa, y por ende a la sostenibilidad económica familiar, es cenital. En otras palabras, en muchos casos este modo de vida requiere una incorporación ingente de tiempo/trabajo al negocio familiar.

Tanto la cosmovisión social que manifiestan, impregnada de familismo, como la caracterización de sus redes familiares (tablas 1 y 2), con protagonismo de fratrías y parentelas amplias, se ajustan bien a la lógica social apuntada. El descarte de la unicogenitura como forma de (familia nuclear) descendencia definitiva, la mayor apuesta de todas las clases sociales por fratrías numerosas y cohortes de nietos/as abundantes, la cercanía residencial expresada en el protagonismo del barrio como ámbito de residencia y sociabilidad de los miembros de la red familiar básica y en general de la parentela, entre otros rasgos, muestran indicios de ese modo reproductivo. Claro que en términos de relaciones de dependencia la situación de estos individuos difiere respecto a los de la clase obrera. Si las carencias de recursos económicos conminan a los individuos (sobre todo a las mujeres) de la clase obrera a desempeñar el trabajo de cuidadores familiares, los de la pequeña burguesía se pueden ver inmersos en contextos y coyunturas complejas en los que el cuidado de los mayores se vea atravesado por distintos factores: a la mejor o peor dotación de recursos económicos y culturales de individuos o familias para responder a las necesidades de los dependientes a través del mercado (contratación de cuidadores profesionales, residencias públicas o privadas, etc.), se añade, en delicado equilibrio, la escasez de tiempo de los potenciales cuidadores —las mujeres— y las expectativas hereditarias del conjunto o parte de la descendencia (hijas e hijos, nueras y yernos, etc.). En cualquier caso, el peso de la identidad de género patriarcal recae también sobre las mujeres de este grupo entre 50 y 70 años; con escaso capital educativo, bajas tasas de actividad y altas tasas de desempleo (Langa, Ariza, Martínez y Olid, 2009), se muestran bastante predisuestas a interiorizar el rol de cuidadoras.



**Tabla 2. Clases sociales y redes familiares. La residencia**

Clase obrera	Pequeña burguesía	Clase intermedia	Clase media-alta
<i>Padres y residencia</i>	<i>Padres y residencia</i>	<i>Padres y residencia</i>	<i>Padres y residencia</i>
Hijos/as Anterior salida del hogar. Residencia a << distancia padres.	Hijos/as Anterior salida del hogar Residencia a « distancia padres	Hijos/as Posterior salida del hogar Residencia a > distancia padres	Hijos/as Posterior salida del hogar Residencia a >> distancia padres
<i>Padres/Madres</i> <<Corresidencia (35,3%) >>Ídem Barrio >>Ídem Municipio (81,2%) >>Corresidencia: H (40,2%) >>Corresidencia: M (29,1%) 45-64 años>>Proximidad H (45-64) >Proximidad M (45-64) >>Proximidad H-M (Diferencia cores.): ++	<i>Padres/Madres</i> >Diferencia por sexos 45-64 años>Proximidad H (45-64) >Proximidad M (45-64) >> Proximidad H-M (Diferencia cors.): +	<i>Padres/Madres</i> >Otras prov. andaluzas >Otras comunidades autonó. >>Similitud por sexos 45-64 años<Proximidad H (45-64) <Proximidad M (45-64) Menos proximidad H-M (Diferencia cors.):	<i>Padres/Madres</i> <<Corresidencia >>Otras prov. andaluzas >>Otras comunidades auto. >Similitud por sexos 45-64 años Variedad H (45-64) <<Menor prov. M (45-64) Sin intermedia H-M (Diferencia cors.):
<i>Suegras/os</i> >> Corresidencia (03,8%) >> Proximidad	<i>Suegras/os</i>	<i>Suegras/os</i> <<Proximidad	<i>Suegras/os</i>
<i>Nietos/as</i> >> Corresidencia (08,8%) >> Proximidad	<i>Nietos/as</i> >Corresidencia >Proximidad	<i>Nietos/as</i>	<i>Nietos/as</i>

FUENTE: Langa, Ariza, Martínez y Olid, 2009.

Las redes familiares de los individuos de la *clase intermedia* (el 17,2% del total de población clasificada por categorías sociales) también presentan sus particularidades en lo que al modo de reproducción social se refiere. Varios factores, derivados del capital incorporado (Bourdieu, [1979]1991: 97-122) que los posiciona en el espacio social y orienta su estilo de vida, o de su situación laboral y profesional, las definen: estos individuos presentan tasas de desempleo inferiores a los de la clase obrera —la mujeres, incluso las de 50 o 60, años se han incorporado en mayor medida al mercado laboral— y disponen de niveles medios de renta superiores a los de la clase obrera; disponen asimismo de mayor dotación de capital educativo y cultural que los de la clase obrera o de la pequeña burguesía; además, incorporan y reproducen un estilo de vida determinado por el trabajo asalariado no manual —en general menos precario y mejor remunerado que los de las categorías sociales anteriores— y/o por el desarrollo de tareas de directivas y jefaturas de nivel medio o bajo. A tenor de todo esto,

los individuos y familias de esta clase ven condicionada su existencia diaria, sus prácticas reproductivas, en términos menos «familistas», más en clave individualista, de lo que resultan tanto trayectorias vitales más exogámicas como una identificación de la familia con su base nuclear y un mayor distanciamiento de la parentela.

Algunos de esos rasgos específicos no son difíciles de aprehender. En el inicio del ciclo vital de los individuos, el problema del acceso a la vivienda que en la actualidad arrostran los jóvenes para su independencia, junto con la notable inversión que ellos y sus progenitores despliegan en tiempo y dinero para la adquisición del capital educativo necesario que les sitúa en las mejores condiciones posibles en el mercado laboral, obstaculizan y retrasan el establecimiento conyugal. Esta cuestión ha convertido a los hijos/as de la denominada «generación sándwich»<sup>16</sup> en un lastre que seguramente coadyuva a neutralizar las expectativas de los progenitores sobre el potencial de cuidados directos que en el futuro, en la vejez, les podrán deparar los hijos. Más aún cuando, impelidos por los padres a la adquisición de capital educativo, en dura pugna por la reproducción y/o la movilidad social ascendente<sup>17</sup>, interiorizan desde la infancia un inveterado sentido individualista de la existencia... Sin duda, para los individuos de este grupo social, y en especial para las mujeres, principales cuidadoras, la atención a los mayores dependientes plantea un difícil reto. Sorteado a través de diversas prácticas: ora por medio del cuidado indirecto, con la contratación de servicios en el mercado de trabajo (cuidadores profesionales, residencias privadas, etc.) y/o el usufructo de prestaciones e infraestructuras institucionales (pensiones y ayudas económicas, residencias públicas, etc.); ya por el cuidado directo, con la «doble jornada laboral», el trabajo a tiempo parcial o eventual, y en ocasiones desempeñando la función de cuidadora familiar principal.

De la identificación del mercado (compra) de trabajo y del estado como fuentes legítimas de provisión indirectos de cuidados a los mayores; de la consciencia interiorizada del coste en tiempo y dinero de la paternidad/maternidad como del cuidado de los parientes dependientes; y de las discretas expectativas de los progenitores de la generación sándwich respecto a la capacidad y/o voluntad de los hijos y sobre todo las hijas en proveerles de cuidados directos; de todo ello se colige una actitud menos tradicional y comunitarista por parte de estos individuos, y una disposición social a que los vientos del individualismo contemporáneo probablemente prosperan con más facilidad. Los rasgos de sus redes familiares (tablas 1 y 2) parecen indicadores de este modelo de comportamiento e imaginario social: retraso en el establecimiento conyugal y en la paternidad/maternidad, nítida predilección por la «parejita» de hijos/as, la unicogenitura e incluso por la no descendencia entre las cohortes más jóvenes, interpretación radical de la segunda transición demográfica —explayada en el más bajo promedio de



cia dia-  
 más en  
 exogá-  
 un ma-  
 r. En el  
 vivienda  
 nto con  
 po y di-  
 a en las  
 retrasan  
 'as de la  
 e coad-  
 ncial de  
 os hijos.  
 tal edu-  
 cendista  
 de la  
 en espe-  
 ores de-  
 rácticas:  
 ios en el  
 as, etc.)  
 (pensio-  
 dado di-  
 vidual,  
 cipal.  
 do como  
 es; de la  
 idad/ma-  
 discretas  
 o a la ca-  
 berles de  
 nal y co-  
 a que los  
 eran con  
 recen in-  
 l: retraso  
 da predi-  
 por la no  
 cal de la  
 medio de

**Tabla 3. Clases sociales, redes familiares y modos de reproducción**

Clase obrera	Pequeña burguesía	Clase intermedia	Clase media-alta
Concepción familista de la reproducción social.	Concepción familista de la reproducción social.	Prácticas reproductivas menos familistas.	Prácticas reproductivas variadas.
Conyugalidad y reproducción tradicional.	Conyugalidad y reproducción tradicional.	Conyugalidad y reproducción moderna.	Compartimento reproductivo más libre.
Protagonismo de los parientes en el ciclo vital individual.	La familia, unidad de producción: herencia y trabajo familiar.	Estilo de vida determinado por el trabajo asalariado no manual y/o por el desarrollo de tareas de directivas y jefaturas.	
<i>Papel directo (trabajo) de los parientes en las relaciones de dependencia.</i>	<i>Papel directo (trabajo) de los parientes en las relaciones de dependencia.</i>		
Redes familiares cercanas (y en lo posible densas) en el espacio.	Redes familiares densas y cercanas Concepción amplia de la familia (más allá de su base nuclear).	Redes familiares ligeras y más distantes. Identificación de la familia=base nuclear.	Redes familiares completas.
Cosmovisión social familista.	Cosmovisión social familista.	Imaginario reproductivo individualista.	Imaginario reproductivo individualista-familista.

descendientes (hijos/as o nietos/as) de todas las clases—, retículas familiares menos arraigadas en el barrio y el municipio, etc.

La construcción de la *clase media alta* (el 32,1% de la población prospectada) es la más heterogénea. A los individuos de este grupo les unen el disfrute de niveles de renta y volúmenes de capital elevados; les separa, sin embargo, las distintas posiciones que ocupan en las relaciones de producción y poder en los mundos de las administraciones, las empresas o los negocios: como propietarios (empresarios grandes y medianos), gerentes (altos directivos), profesiones liberales y técnicos cualificados por cuenta propia, técnicos o expertos asalariados de alto nivel, etc. Una configuración social intrincada en la que podemos distinguir, desde el punto de vista de las redes familiares y el desarrollo de los cuidados, algunos rasgos comunes.

Los menores constreñimientos objetivos, económicos o educativos, en el acaparamiento o adquisición de recursos económicos y ayudas instituciona-



les que pesan sobre estos individuos, también su mayor riqueza patrimonial, su alta tasa de ocupación —la femenina más elevada— y el disfrute de elevados niveles de renta (por cuenta propia o ajena), entre otros aspectos. «desdramatizan» como en ningún caso la coyuntura y los mecanismos que emplean para resolver la prestación de ayudas a los familiares dependientes. En consecuencia, los condicionantes de género que también hacen a las mujeres de esta clase principales responsables del cuidado de los mayores dependientes parecen pesar menos, y tener menores costas «vitales», que en el caso de las mujeres clasificadas en el resto de categorías sociales.

Así las redes familiares y el comportamiento reproductivo de estos individuos, que comparten en cierta medida los rasgos de los de la clase intermedia, deviene más libre y variado. Representan con más soltura que los demás los procesos de adaptación al cambio social y modernización ligados a la segunda transición demográfica o al proceso de individualización de la sociedad andaluza; todo eso sin abandonar los patrones más sólidos de la familia en Andalucía (tablas 1 y 2). De este modo acceden de forma extendida al emparejamiento, pero sin los retrasos o coerciones del resto; se identifican con la familia nuclear con dos hijos/as sin despreciar la tríada filial, pero también por la unicogenitura —al menos como forma de transición hasta completar la fratría con dos o tres hijos/as—, evitando las familias de cuatro o más descendientes; mantienen a los hijos/as cerca, al menos hasta que éstos se independizan, pero a la vez son los que relajan más en el espacio el engaste de la red familiar básica.

#### **4. Pautas diferenciales de cuidadoras y cuidadores por clase social**

En este último epígrafe, tras la tipología que acabamos de ofrecer de modos de reproducción social, volvemos al tema de la provisión de cuidados. Nos proponemos destacar algunos de los datos de nuestra monografía que muestran más a las claras pautas diferentes por clase social de comportamientos, predisposiciones, valores y opiniones de los cuidadores de dependientes. En otras palabras, de cómo la desigualdad de recursos genera desiguales oportunidades y modos de convertirse en proveedor de cuidados a los familiares dependientes.

Comenzaremos apreciando en la tabla 4 cómo, si tuviéramos que destacar alguna clase con mayor tendencia a cuidar, ésta es la pequeña burguesía, en la que un 60% (4 puntos por encima de la media) de los que tienen familiares enfermos o dependientes les prestan cuidados. En el resto de las clases la tendencia es más cercana a la media. No obstante, si echamos un vistazo a los datos según sexo, apreciamos, en general, que las mujeres con

familiares con necesidad de cuidados tienden en casi 9 puntos más que los hombres a cuidarlos. Esta diferencia de comportamientos por género donde más evidente se hace es entre la clase obrera (unos 15 puntos de diferencia), lo que nos informa de que las mujeres de clases populares son las que mayor predisposición tienen de convertirse en cuidadoras.

**Tabla 4. Distribución de la población según su situación de cuidador y según clase social (en %)**

		Clase obrera	Pequeña burguesía	Clase intermedia	Clase media-alta	Total
Porcentajes verticales <sup>1</sup>						
No presta ayuda	Hombre	52,1	42,7	46,8	45,3	48,3
	Mujer	38,0	37,3	41,0	41,4	39,7
	Total	45,2	39,8	43,6	43,3	43,9
Presta ayuda	Hombre	47,9	57,3	53,2	54,7	51,7
	Mujer	62,0	62,7	59,0	58,6	60,3
	Total	54,8	60,2	56,4	56,7	56,1

Nota 1: Sobre el total de cada clase que tiene algún pariente necesitado de cuidado.

FUENTE: Instituto de Estadística de Andalucía. ERF.

Sabemos, por otra parte, a partir de la explotación de los datos de la ERF (Langa, Ariza, Martínez y Olid, 2009), que las mujeres con más bajos niveles de estudios y las amas de casa y los parados son también categorías en que la predisposición al cuidado es mayor. En general, no hacemos sino confirmar, pues, el patrón más «familista» que hemos identificado en el apartado anterior entre las clases populares, que se apoya principalmente en el trabajo doméstico de las mujeres.

Esta tendencia aún cobra más sentido si nos fijamos en las tareas para las que dicen ayudar los cuidadores. Destacaremos aquí cómo éstos, principalmente las cuidadoras de clase obrera, son también las que más se implican en las actividades básicas de cuidado y aseo personal y en las de tipo más instrumental que tienen que ver con las faenas domésticas <sup>18</sup>. Quienes tienen los más bajos niveles de estudio igual. Aquí de nuevo vemos patrones más igualitarios en algunas actividades si aumentamos el nivel, pero siempre hemos de decir que, incluso entre quienes tienen más estudios, las

tareas más duras y rutinarias quedan circunscritas al ámbito femenino. De otro lado, amas de casa y desempleados, aún más las desempleadas, son también quienes en mayor medida realizan estas tareas. Además de los pensionistas, también más las mujeres tienden a ayudar en este tipo de actividades por encima de la media, dando ello lugar a dedicaciones de más de 40 horas. Destacamos esto porque se trata de los miembros de un colectivo que además de cuidar intensivamente en muchos casos tienen también necesidad de ser cuidados ellos mismos. En torno a la mitad de los cuidadores pensionistas y amas de casa, en efecto, dedican a atender a algún pariente dependiente más de las 40 horas semanales que supondría una jornada laboral.

Otro de los aspectos en que más se aprecian las diferencias por clase social de los cuidadores se observa cuando a éstos se les pregunta sobre quién o quiénes les ayudaban a atender a sus familiares. Vemos una diferencia de más del doble entre la clase obrera (6,9%) y la clase media-alta (17%) a la hora de contar con la ayuda de alguna persona remunerada (véase tabla 5). En las demás categorías no podemos apuntar importantes diferencias por clase: algo más del 70% de los cuidadores reciben la ayuda de otros familiares; en torno al 5,5% de otro tipo de ayuda; y en torno a uno de cada 10 cuidadores no recibe ningún tipo de colaboración.

**Tabla 5. Distribución de cuidadores según otra ayuda recibida por clase social (en %)**

	Clase obrera	Pequeña burguesía	Clase intermedia	Clase media-alta	Total
Otros familiares	70,7	73,5	72,3	72,5	71,8
Persona remunerada	6,9	—	—	17,0	10,9
Ninguna otra ayuda	10,0	—	10,7	9,2	9,9
Otras ayudas <sup>2</sup>	5,2	—	—	6,4	5,6

Nota 2: amigos/vecinos, ayuda a domicilio y/o voluntarios.

FUENTE: Instituto de Estadística de Andalucía. ERF.

En relación con lo anterior, otra de las preguntas del cuestionario interrogaba sobre quién recae en mayor medida el peso de los cuidados (tabla 6). Veamos qué nos dicen las respuestas a esta cuestión. En primer lugar, diremos que en todas las categorías se entiende mayoritariamente (un 83,7%) que el peso de los cuidados recae en la familia como conjunto;



mino. De  
adas, son  
e los pen-  
de activi-  
e más de  
colectivo  
mbién ne-  
uidadores  
a pariente  
ornada la-

clase so-  
bre quién  
frecuencia de  
(17%) a la  
: tabla 5).  
ncias por  
ros fami-  
e cada 10

la por

Total
71,8
10,9
9,9
5,6

ario intre-  
lados (ta-  
rimier lu-  
criamente  
conjunto;

tan sólo un 13,5% dice que lo hace mayormente en el entrevistado. No obstante, podemos apuntar algunas matizaciones. Por un lado, apreciamos cómo en la pequeña burguesía, tanto en el caso de hombres como de mujeres, se tiende algo más a concebir de un modo compartido el peso de los cuidados, en tanto que se percibe que es responsabilidad de toda la familia, y no sólo de un cuidador, en 6 puntos por encima de la media. Estos datos, en consonancia con la mayor predisposición a cuidar que señalábamos al principio, nos pueden estar apuntando el efecto que la previsible herencia de las propiedades familiares puede ejercer en el mantenimiento de unas pautas de solidaridad familiar intergeneracional. En segundo lugar, y con pautas similares, aunque en menor grado, también se puede señalar cómo las mujeres de clase obrera dicen ser ellas las cuidadoras, sobre las que recae el mayor peso en casi 5 puntos menos que la media, y a la vez entienden en 3 puntos por encima que es la familia la que se implica colectivamente en el cuidado. En definitiva, apreciamos el modelo de familia más cálido que describíamos en el apartado anterior.

Otro modelo de pautas de distribución de las responsabilidades parece que muestra la clase intermedia cuando opta por la respuesta que implica responsabilidad compartida por la familia en casi 5 puntos porcentuales por debajo del valor medio. Los entrevistados de esta clase social lógicamente responden algo más que los demás que son ellos los cuidadores principales. Esta segunda respuesta vemos también es más escogida por la mujeres de clase media-alta.

Puede que nos llamen la atención estos datos, que indican unas más altas tasas de cuidadoras principales en las clases medias y especialmente entre las mujeres de clase media-alta, aunque no hemos de perder de vista que también son estas últimas las que más cuentan con la ayuda de personal contratado, además de ser las que realizan en menor medida las tareas más rutinarias y de alto empleo de tiempo. Quizá todo esto nos lleve a plantearnos los diferentes sentidos (sociales, en tanto que contruidos desde diferentes posiciones, diferentes marcos de sentido) que el papel de «cuidador/a principal» puede tener. En las mujeres de clase media-alta puede que se tienda a concebir más, a la luz de los datos hasta aquí vistos, este rol no tanto como proveedor único e intensivo de cuidados, sino más como gestor de éstos: el «care manager» más propio de los modelos de cuidados de países europeos con estructuras de servicios más consolidadas como Noruega, Alemania, etc. (Bazo, 2004). De igual modo, es probable que aquellas que sí dedican mucho tiempo a proporcionar ayuda y que además cuentan con bastante menos colaboración externa, no obstante, no sientan tanto que se hallan desprovistas de la ayuda de otros familiares, en tanto que tengan más asumida la obligación moral de proporcionar cuidados a sus parientes necesitados. Recordemos que está suficientemente documentada la mayor difi-

cultad que tienen las mujeres para contabilizar el tiempo dedicado a proporcionar cuidados cuando esto lo simultanean con otras actividades domésticas, así como que los niveles de ocupación en trabajos remunerados son mayores en los grupos sociales más favorecidos.

**Tabla 6. Distribución de cuidadores según sobre quién recae mayormente el peso de los cuidados por clase social (en %)**

		Clase obrera	Pequeña burguesía	Clase intermedia	Clase media-alta	Total
<i>Familia</i>	Hombre	89,0	94,5	89,9	88,1	89,2
	Mujer	84,8	85,8	71,0	75,1	79,1
	Total	86,6	89,6	78,9	81,8	83,7
<i>Entrevistado</i>	Hombre	—	—	—	—	8,4
	Mujer	13,2	—	—	24,0	17,9
	Total	11,5	—	16,5	15,8	13,5

FUENTE: Instituto de Estadística de Andalucía. ERF.

Pero introduzcamos en estas reflexiones nuevos matices y contrastémoslas con los datos sobre los costes de los cuidados y las razones por las que se cuida. Empecemos con lo primero: los dos elementos más citados en relación con el esfuerzo que supone para los cuidadores la ayuda prestada son el del tiempo (50% de los cuidadores) y el económico (18%). En ambos casos se aprecian importantes diferencias entre clases sociales. En lo que tiene que ver con el tiempo, las diferencias entre la clase obrera y la clase media-alta, tanto para hombres como para mujeres, son de unos 10 puntos. Son los cuidadores de más alta posición socioeconómica los que citan más este coste. Justo lo contrario sucede si nos referimos al esfuerzo económico que suponen los cuidados: en las clases populares se elige este ítem 5 puntos por encima que en las clases altas<sup>19</sup>.

El siguiente coste en orden de elección es el que tiene que ver con la vida social y de ocio (28%). Aquí también se aprecia que las clases medias altas, y aún más las mujeres, lo señalan por encima que la media del conjunto de la población. En general, se puede afirmar que en esta clase social, y especialmente entre sus mujeres, se tiende a ser más consciente de los esfuerzos (salvo el económico) que implica el cuidado a sus familiares, como



a pro-  
des do-  
nerados

n %)

Total

89,2
79,1
83,7
8,4
17,9
13,5

stémos-  
las que  
s en re-  
ada son  
ibos ca-  
que tie-  
ase me-  
puntos.  
tan más  
mómico  
15 pun-

r con la  
medias  
del con-  
social,  
los es-  
s, como

si el hecho de cuidar a los parientes dependientes no formara parte de una estructura de deberes familiares incuestionable para las mujeres. Es lógico, por tanto, que entre ellas sea menor el porcentaje de las que señalan que este cuidado no implica ningún tipo de coste.

De otro lado, en lo que tiene que ver con las razones por las que los cuidadores deciden atender a sus familiares, comenzaremos recordando que, en general, las razones afectivas son las más elegidas (lo hacen en torno a dos tercios de los cuidadores), seguidas por el sentimiento del deber (en torno a un tercio), y alrededor de un 8% los cuidadores que señalan la falta de recursos privados o públicos. Pero si miramos esto mismo desde el prisma de las clases sociales, lo primero que habría que destacar es que las mujeres de clase obrera dicen cuidar por sentido del deber o de la responsabilidad 4,2 puntos por encima de la media (entre 7 y 8 puntos más que las clases media alta y media respectivamente). A su vez, expresan también en 3 puntos más que el resto de las cuidadoras la razón de la ausencia de medios o la inaccesibilidad o desconocimiento de éstos. Es evidente, por tanto, que se trata de una categoría, la de las mujeres de clases bajas, que opta por aportar cuidados cuando sus parientes los necesitan en unas condiciones que dan lugar a unos no muy amplios márgenes de decisión.

Nos resulta cuando menos curiosa la relación entre la mayor o menor predisposición a ser conscientes de los costes que implican los cuidados, por un lado; y a autoconcebirse más o menos como cuidadora principal, por otro. Queremos apuntar para modular esta relación las diferencias por clase social que hemos hallado a la hora de interiorizar y dar respuesta a este rol. Hemos visto, por un lado, significativas diferencias de probabilidades entre las mujeres de posiciones sociales más altas y las de familias de clase obrera y con más bajos niveles educativos a la hora, por ejemplo, de convertirse en cuidadoras cuando tienen parientes dependientes; también a la hora de realizar unas u otras tareas, lo que está relacionado con las dedicaciones más o menos intensivas en el uso de tiempo; también hemos apreciado una desigual disponibilidad de recursos privados. No obstante, y aparentemente en contradicción con esto, son precisamente las mujeres de clase social más alta las que más consciencia muestran de los costes de todo tipo, salvo el económico, que implica el cuidado a sus familiares. A la vez, ellas se consideran en mayor medida que las mujeres de clases populares las principales responsables de los cuidados. Queremos enlazar todo esto con la tendencia apuntada en nuestra monografía según la cual son ellas las que suelen mostrar una justificación mayor por razones afectivas y menor por sentimiento del deber. Pensamos que quizá todos estos datos nos estén poniendo de manifiesto cómo la construcción e interiorización del rol de cuidadora varía mucho según la posición social desde la que se hace, entendiendo que esta posición viene dada en gran medida por una disponibilidad





mayor o menor de recursos. Recursos económicos y educativos de la familia, lo que nos ha llevado a ver pautas diferentes para diferentes clases sociales; pero también recursos a nivel individual<sup>20</sup> (que no dejan de tener mucho que ver con la clase social) como son, por una parte, el capital educativo, que hemos apreciado que no marca tendencias distintas a las del capital educativo del «sustentador principal» de la familia, salvo una mayor visibilidad en algunos casos de las diferencias de género; y, por otra, la actividad y/o empleo, que hemos indicado es un gran predictor, sobre todo para las mujeres, de las probabilidades de asumir los cuidados y atenciones cuando hay familiares que los necesitan.

Para ir terminando, queremos insistir en que, a la luz de nuestras conclusiones, no podemos más que confirmar el carácter familista del modelo de aporte de cuidados que hasta ahora viene predominando en nuestro país, y en la asunción del valor de la obligación familiar para con los padres dependientes en que en gran medida se sustenta (Bazo, 2004). No obstante, esta responsabilidad sigue recayendo sobre todo en las mujeres, que son las que más interiorizada tienen esta obligación, y aún más aquellas que poseen menos recursos. Todo ello se ha visto retroalimentado por la escasa respuesta pública, si bien el contexto actual de incipiente implementación de la Ley de Dependencia parece estar apuntando a la configuración de un nuevo modelo público de provisión de cuidados. Resulta el actual escenario en este sentido particularmente interesante para ver si se produce un cambio en las actitudes, en las expectativas, en la cultura familiar, en definitiva, en relación con la atención a sus dependientes. En otras palabras, si se camina hacia un modelo de cuidados menos familista, o donde la responsabilidad esté realmente más compartida con el sector formal.

Queremos finalizar destacando, de otro lado, a partir de nuestros datos, la importancia, además del género, de la clase social en todo este proceso de asunción de responsabilidades en la aportación de ayuda a los enfermos y dependientes. En última instancia, pensamos que nunca sobra en una incipiente fase de configuración de todo un nuevo espacio de interrelación de lo público y lo privado a la hora de resolver el problema de la dependencia, apuntar posibles riesgos a los que se pueden ver sometidas precisamente las mujeres de más baja posición social, incluso cuando se acogen a los nuevos tipos ayudas, en el sentido de, por ejemplo, como ya ha señalado, entre otros, Álvarez Girón, M. (2008), el mantenimiento en el hogar de las cuidadoras a través de lo que denomina la «perversa profesionalización de las cuidadoras familiares».

## Notas

1 La EDDDES (Encuesta sobre Discapacidades, Deficiencias y Estados de Salud, 1999) también llega a esta conclusión, indicando que los servicios sociales no alcanzan al 4% del total de cuidados aportados a los mayores dependientes (cit. en Caston y Ramos, 2006). En lo que a atención domiciliar se refiere, V. Navarro apunta que tan sólo un 1.5% de las personas mayores son atendidas por servicios públicos (Navarro, 2003). Un trabajo de la Escuela Andaluza de Salud Pública (García et al., 1999) destaca que sólo el 2% recibe atención pública en sus hogares.

2 En su trabajo *El subdesarrollo social de España. Causas y consecuencias*, V. Navarro (2006) señala que en nuestro país el gasto público social por habitante es tan sólo el 62% del promedio de la UE-15, lo que contribuye a reproducir el «poder de clase» de los grupos más privilegiados. A esto habría que añadir la reproducción del «poder de género», en tanto los gastos sociales más endeble (guarderías y servicios de dependencia) son los que más beneficiarían a muchas mujeres, particularmente las de más bajas posiciones sociales.

3 No podemos dejar de mencionar, no obstante, entre los más recientes, el trabajo de La Para (2001), a partir de los datos del Panel Europeo de Hogares para España de 1994, donde se concluye que la mayor probabilidad de convertirse en cuidador recae en las mujeres, las personas no ocupadas, las de menores ingresos y las de mayor edad.

Así mismo García Calvente et al. (2004), a partir de datos de diferentes encuestas, concluyen igualmente que son las mujeres de clases sociales más bajas, de menor nivel educativo y sin empleo las que constituyen el grueso de la atención informal a los dependientes. Las autoras de este artículo subrayan cómo la desigualdad de género y la de clase social en este caso aparecen estrechamente imbricadas. Las mujeres con más baja posición socioeconómica y educativa disponen, en efecto, de menos capacidad de acceso a recursos y servicios de ayuda y por ello de un menor margen de elección a la hora de decidir cómo atender a sus familiares cuando éstos lo requieren.

4 Recordemos el concepto de «estrategia familiar» que expone Carabaña (1993): «Por estrategias entiendo modos típicos de usar recursos para la consecución de objetivos teniendo en cuenta los cambios del entorno. Incluyen, por tanto, desde las costumbres y las rutinas más inconscientes, a los cálculos más concienzudos, y suelen ser una mezcla variable de ambos. (Quien así lo prefiera puede entender el término en el sentido elaborado por Bourdieu)» (p. 37).

5 Los autores del colectivo IOE indican que en algunas zonas rurales se asocia todavía el cuidado de los mayores al reparto de la herencia —(Colectivo IOE [1995]: *Cuidados en la vejez. El apoyo informal*. INSERSO; también Rodríguez, J. A. [1994]: *Envejecimiento y familia*. CIS, Madrid)—. Nosotros en nuestra muestra no hemos podido distinguir la burguesía agraria y no agraria, pues no había suficientes casos para muchas de nuestras variables.

6 La ERF sólo ha discriminado entre empresarios con asalariados y sin asalariados sin distinguir el número de éstos.

7 Del trabajo del Centro de Estudios Andaluces (2006): *Clases sociales y estructura social*, se desprende que de entre un 15,6% de trabajadores por cuenta por propia, o sea autónomos, un 5,4% tendría algún empleado contratado. Esto nos puede servir como



aproximación de la sobrerrepresentación de nuestra clase alta, quizá del 32% de sujetos que la componen en nuestra clasificación habría que restar en torno a ese 5% que en realidad serían pequeños empleadores.

8 En la monografía hemos abordado también, para el caso de los cuidadores, un análisis que complementa los indicadores socioeconómicos referidos al hogar con otros referidos al ego del cuestionario. Así hemos tenido en cuenta, además del nivel de estudios de los entrevistados, la actividad de éstos.

9 En Andalucía, como en España u otros países del sur de Europa (Segalen, 2004: 489), padres y madres mayores, y abuelos y abuelas, cuando pierden autonomía suelen encontrar en sus parientes directos los cuidados y ayudas que necesitan.

10 La evolución del indicador coyuntural de fecundidad según el rango (orden) biológico de nacimiento muestra que ha sido de tercerogénitos en adelante donde se ha fijado la bajada más espectacular de la fecundidad. La evolución entre 1981 y 2004 del indicador coyuntural de fecundidad según rango biológico ofrece los siguientes resultados (IEA, 2006): primer hijo/a (89,0% y 74,5%), segundo (75,6% y 52,7%), tercero (45,2% y 12,7%), cuarto (89,0% y 16,4%); y tercero o más (89,0% y 16,5%).

11 Con independencia de la posición social, el orden de frecuencia en la distribución del número de hijos entre los individuos con prole es el siguiente: la pareja, el hijo único y, a distancia, los tres hijos.

12 Dados los límites del texto, hemos procedido en esta ocasión a centrarnos exclusivamente en la descripción de los modos de reproducción social. El estudio de las características de las redes familiares de los andaluces según clase social a partir de la información que suministra la encuesta de 2005 se ha abordado en un trabajo monográfico (Langa, Ariza, Martínez y Olid, 2009: 15-46). No obstante, en las tablas 1 y 2 presentamos en sinopsis los resultados del mismo en relación a la filiación, la conyugalidad y la residencia.

13 Categoría social que se aglutina al mayor porcentaje de población con ocupación (43%) prospectado en la encuesta de redes familiares.

14 Sobre la necesaria relación heurística de los conceptos de clase y género en cuestiones de producción y reproducción véase el interesante diálogo que Danièle Combes y Monique Haicault (1994: 534-556) mantuvieron en 1984.

15 Para uno de cada cuatro individuos la mayor proporción de todas las clases sociales (Langa, Ariza, Martínez y Olid, 2009).

16 La llamada generación sándwich estaría constituida por ese grupo de mujeres entre 50 y 70 años que, inmersas en una etapa de radicales transformaciones sociales, se ven envueltas en una situación paradójica en cuanto a los cuidados a parientes mayores: de una parte, siguiendo la cultura familista tradicional, cuidaron o cuidan a sus mayores (padres, abuelos, etc.); sin embargo, impregnadas por la cultura del individualismo y conscientes de los altos costes de los cuidados, parecen haber dispensado a las generaciones más jóvenes, a las de sus hijos y nietos, de la obligación que ellas sintieron respecto a sus mayores. Véase la precisa reflexión de María Antonia Gomila (2005: 522-529) al respecto.

17 Una cruenta competencia desplegada en el campo de batalla del sistema (mercado) educativo a través de la inversión de su trabajo personal en prolongación del capital (económico, cultural, social) invertido por los padres; un trabajo que los aísla y distancia de parientes y pandillas...



aproximación de la sobrerrepresentación de nuestra clase alta, quizá del 32% de sujetos que la componen en nuestra clasificación habría que restar en torno a ese 5% que en realidad serían pequeños empleadores.

8 En la monografía hemos abordado también, para el caso de los cuidadores, un análisis que complementa los indicadores socioeconómicos referidos al hogar con otros referidos al ego del cuestionario. Así hemos tenido en cuenta, además del nivel de estudios de los entrevistados, la actividad de éstos.

9 En Andalucía, como en España u otros países del sur de Europa (Segalen, 2004: 489), padres y madres mayores, y abuelos y abuelas, cuando pierden autonomía suelen encontrar en sus parientes directos los cuidados y ayudas que necesitan.

10 La evolución del indicador coyuntural de fecundidad según el rango (orden) biológico de nacimiento muestra que ha sido de tercerogénitos en adelante donde se ha fijado la bajada más espectacular de la fecundidad. La evolución entre 1981 y 2004 del indicador coyuntural de fecundidad según rango biológico ofrece los siguientes resultados (IEA, 2006): primer hijo/a (89,0% y 74,5%), segundo (75,6% y 52,7%), tercero (45,2% y 12,7%), cuarto (89,0% y 16,4%); y tercero o más (89,0% y 16,5%).

11 Con independencia de la posición social, el orden de frecuencia en la distribución del número de hijos entre los individuos con prole es el siguiente: la pareja, el hijo único y, a distancia, los tres hijos.

12 Dados los límites del texto, hemos procedido en esta ocasión a centrarnos exclusivamente en la descripción de los modos de reproducción social. El estudio de las características de las redes familiares de los andaluces según clase social a partir de la información que suministra la encuesta de 2005 se ha abordado en un trabajo monográfico (Langa, Ariza, Martínez y Olid, 2009: 15-46). No obstante, en las tablas 1 y 2 presentamos en sinopsis los resultados del mismo en relación a la filiación, la conyugalidad y la residencia.

13 Categoría social que se aglutina al mayor porcentaje de población con ocupación (43%) prospectado en la encuesta de redes familiares.

14 Sobre la necesaria relación heurística de los conceptos de clase y género en cuestiones de producción y reproducción véase el interesante diálogo que Danièle Combes y Monique Haicault (1994: 534-556) mantuvieron en 1984.

15 Para uno de cada cuatro individuos la mayor proporción de todas las clases sociales (Langa, Ariza, Martínez y Olid, 2009).

16 La llamada generación sándwich estaría constituida por ese grupo de mujeres entre 50 y 70 años que, inmersas en una etapa de radicales transformaciones sociales, se ven envueltas en una situación paradójica en cuanto a los cuidados a parientes mayores: de una parte, siguiendo la cultura familista tradicional, cuidaron o cuidan a sus mayores (padres, abuelos, etc.); sin embargo, impregnadas por la cultura del individualismo y conscientes de los altos costes de los cuidados, parecen haber dispensado a las generaciones más jóvenes, a las de sus hijos y nietos, de la obligación que ellas sintieron respecto a sus mayores. Véase la precisa reflexión de María Antonia Gomila (2005: 522-529) al respecto.

17 Una cruenta competencia desplegada en el campo de batalla del sistema (mercado) educativo a través de la inversión de su trabajo personal en prolongación del capital (económico, cultural, social) invertido por los padres; un trabajo que los aísla y distancia de parientes y pandillas...

18 Por poner algunos ejemplos, vemos cómo los cuidadores de clase obrera ayudan en un 39,1% de los casos a asear a sus familiares, mientras que los de clase media-alta sólo lo hacen en un 30,8%. En las tareas del hogar los cuidadores de clases populares ayudan en casi un 54%, mientras en la clase media-alta tan sólo un 47%.

19 De los casi 60.000 cuidadores que señalan el coste económico, la mitad de ellos son de clase obrera.

20 Aunque insistimos en que no hemos presentado en esta ocasión el análisis con variables individuales como el nivel educativo y la actividad, que sí exponemos en la monografía.

## Bibliografía

- Álvarez Girón, M. (2008): *Primer Informe sobre Desigualdades y Salud en Andalucía*, cap. 9, Sevilla, Asociación para la Defensa de la Sanidad Pública de Andalucía (FADSP).
- Bazo, M. T. (2004): «El papel de la familia y los servicios en el mantenimiento de la autonomía de las personas mayores: una perspectiva internacional comparada», *Reis*, nº 105, pp. 43-77.
- Bourdieu, P. ([1979]1991), *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*. Taurus Humanidades.
- (2001): *Poder, derecho y clases sociales*, Bilbao, Desclée de Brouwer.
- Castón, P., y Ramos, M. M. (2006): *Dependencia en personas mayores en Andalucía*, Sevilla, Centro de Estudios Andaluces.
- Carabaña, J. (1994): «Educación y diversidad de clases sociales», en F. Fernández Palomares et al. (coord.), *Sociología de la educación: viejas y nuevas cuestiones*, Málaga, Editorial Clave.
- (1995): «Esquemas y estructuras», en J. Carabaña (ed.), *Desigualdad y clases sociales. Un seminario en torno a E. O. Wright*, Madrid, Visor.
- Centro de Estudios Andaluces (2006): *Clases sociales y estructura social*, Sevilla, CENTRA.
- Colectivo IOE (1995): *Cuidados en la vejez. El apoyo informal*, Madrid, INSERSO.
- Combes, D., y Haicault, M. ([1984]1994), «Producción y reproducción, relaciones sociales de sexo y de clase», en C. Borderías, C. Carrasco y C. Alemany (comps.), *Las mujeres y el trabajo. Rupturas conceptuales*, FUHEM, pp. 534-556.
- Durán, M. A. (2006). «Dependientes y cuidadores. El desafío de los próximos años», *Revista del Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales*, 60, pp. 57-73.
- EDDES (Encuesta sobre Discapacidades, Deficiencias y Estados de Salud, 1999), INE.
- Engelen, T. (2004): «Una transición prolongada: aspectos demográficos de la familia europea», en D. I. Kertzer y M. Barbagli (comps.), *La historia de la familia europea. La vida familiar en el siglo xx*, vol. 3, Paidós, pp. 373-414.
- García Calvente et al. (1999): *Cuidados y cuidadores en el sistema informal de salud*, Granada, Escuela Andaluza de Salud Pública.

- García Calvente, M. M., Mateo-Rodríguez, I., y Eguiguren, A. P. (2004): «El sistema informal de cuidados en clave de desigualdad», *Gaceta Sanitaria*, 18 (.)
- Goldthorpe, Erikson y Portocarero (1979): «Intergenerational Class Mobility in three Western European Societies». *British Journal of Sociology of Education*, 30.
- Gomila, M. A. (2005): «Las relaciones intergeneracionales en el marco de la familia contemporánea: cambios y continuidades en transición hacia una nueva concepción de la familia», *Historia Contemporánea*, nº 31, pp. 505-542.
- Instituto de Estadística de Andalucía (2003): *Fecundidad y formación de familias en Andalucía*, Consejería de Economía y Hacienda.
- Instituto de Estadística de Andalucía (2006): *Un siglo de demografía en Andalucía*, Consejería de Economía y Hacienda.
- Langa, D.; Ariza, S.; Martínez, D., y Olid, E. (2009): *Las cuidadoras y los cuidadores de dependientes en el seno de las redes familiares. Una mirada desde la desigualdad*, Sevilla, Instituto de Estadística de Andalucía.
- La Parra (2001): «Contribución de las mujeres y los hogares más pobres a la producción de cuidados de salud informales», *Gaceta Sanitaria*, 15 (6).
- Navarro, V. (2003): El Estado del bienestar en España, informe disponible en <http://www.vnavarro.org/papers/libros/lilibre.zip>
- (2006): *El subdesarrollo social de España. Causas y consecuencias*, Barcelona, Anagrama.
- Rodríguez, J. A. (1994): *Envejecimiento y familia*, Madrid, CIS.
- Segalen, M.: «Vínculos de parentesco en las familias europeas», en D. I. Kertzer y M. Barbagli (comps.), *La historia de la familia europea. La vida familiar en el siglo xx*, vol. 3, Paidós, 2004, pp. 489.